

HOMILÍA
P. ERNESTO POPELKA

“Bienaventurados los que
aman porque serán amados”

Fiesta de San Valentín

Tijuana-México
14 de Febrero de 2010

“En aquel tiempo, Jesús descendió del monte con sus discípulos y sus apóstoles y se detuvo en un llano. Allí se encontraba mucha gente que había venido de Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón (al norte, actualmente es el Líbano, antiguamente Fenicia). Mirando entonces a sus discípulos (como si hoy también nos mirara a nosotros, un 14 de febrero, fiesta comercial americana -pero que tanto nos influye- de San Valentín, día del amor y de la amistad), les dijo (y nos dijo): ‘Dichosos (o bienaventurados, según otra traducción) ustedes, los pobres, porque de ustedes es el Reino. Dichosos (o bienaventurados) ustedes, los que ahora tienen hambre, porque serán saciados. Dichosos ustedes, los que lloran ahora, porque al fin reirán. Dichosos serán ustedes, cuando los hombres los aborrezcan, los expulsen de entre ellos, cuando los insulten y los maldigan por causa del Hijo del hombre

(no por cualquier cosa, sino por causa de Cristo).

“¡Alégrense ese día y salten de gozo, porque su recompensa será grande en el cielo. Porque así también trataron sus padres a los profetas!

“Pero ¡ay de ustedes los ricos, porque ya tienen ahora su consuelo!

“¡Ay de ustedes, los que se hartan ahora, porque después tendrán hambre! ¡Ay de ustedes, los que ríen ahora, porque llorarán de pena!

“¡Ay de ustedes cuando todo el mundo los alabe! ¡De ese modo trataron sus padres a los falsos profetas!’.”
(Lc.6,20-26).

Uniendo estas dos fechas que coinciden: por un lado, este 14 de febrero, que tiene tanta publicidad especialmente aquí en el norte, dada la influencia que tenemos del vecino país; pero también, coincidiendo con este sexto domingo del Tiempo Ordinario, en el cual la lectura del Evangelio narra las

Bienaventuranzas, ese testamento de Jesús que es como la doctrina cristiana concentrada, bien podríamos sintetizar este día uniendo las dos realidades con la frase que tenemos en cartelera: “Bienaventurados los que aman, porque serán amados”.

Recuerdo que una vez le preguntaron a San Francisco: “¿cuál es la verdadera alegría?, ¿cuál es el verdadero amor?”. Quien le preguntó eso, el hermano León, le iba proponiendo algunas realidades del amor o de la alegría humana, y Francisco le decía: “está bien, pero eso no es lo máximo”. Y el hermano León insistía: “¿Cómo no va a ser lo máximo?”, “¿y esto otro?”; “no, está bien”, decía Francisco, “pero eso no es lo máximo; eso no es el verdadero amor, la verdadera alegría”; y su hermano León le dijo: “yo, más no entiendo”. Hasta que llegaron a la puerta de un convento, y Francisco y su hermano golpearon a la puerta y pidieron de comer; y no

solamente los echaron, sino que, como Francisco insistió -nadie sabía que era San Francisco, todavía no era extendida su fama-, y siguió diciendo: “tenemos hambre”, entonces salieron dos “gorilas”, dos religiosos que parecían luchadores, y les dieron una paliza mientras les gritaban: “¡atrevidos, sinvergüenzas, pedigüeños, flojos, vagos!”. Entonces, cuando estaba apaleado en el suelo, ahí le dijo Francisco a León: “¿ves?, ésta es la verdadera alegría: sufrir por lo que se ama, dar la vida por lo que se cree; por ser fiel a la pobreza de Cristo me pasó esto, ¡ojalá muchas veces me pase esto!”. Y León quedó como pensando: “no entiendo absolutamente nada”.

Por lo tanto, son experiencias de entrega, no solamente de satisfacción; son experiencias en las cuales se nos invita a entregarnos más que a recibir. En el amor verdadero siempre recibimos el ciento por uno; el amor no es tacaño, no se queda corto: al contrario, la locura

del amor lleva a brindarse hasta por encima de las realidades lógicas, hay una cierta ilógica en el amor, precisamente es como un delirio, es una locura, porque nos invita a hacer proezas o gestos desconcertantes y hasta por encima de nuestras propias fuerzas.

Por lo tanto, unimos estas dos realidades, recordando de manera anecdótica que el tal Valentín no era una especie de Cupido que andaba flechando por ahí, sino un sacerdote consagrado en los primeros tiempos del cristianismo; así cuentan las actas apostólicas, la tradición y las leyendas, donde todo esto se va mezclando un poco (que bien sirve, si eso aumenta nuestra fe). San Valentín, por la persecución del Imperio, casaba en secreto a las parejas que iban a ser martirizadas. Por eso él es, por un lado, Patrono del amor, porque casaba parejas en secreto dada la persecución; pero no sólo por eso, sino porque luego

fue martirizado: ahí está el verdadero sentido del amor de Valentín, hasta dar la vida, como San Francisco, por lo que amaba. El mismo emperador, Claudio II, lo interrogó, y Valentín estuvo a punto de convertirlo; empezó a hablarle del amor, como San Francisco al sultán de Turquía, que quería degollarlo y, sin embargo, lo convirtió; el sultán le dijo: “¿cómo puede ser?, yo soy musulmán, quiero matarte y tú quieres convertirme”; “pues sí, ésa es la verdad, quiero trasmitirte a ti también la fe cristiana”, le dijo San Francisco. Y el tal Valentín le dijo eso mismo a Claudio II. Al tiempo, el emperador Constantino dejó de perseguir a la Iglesia Católica y se convirtió en su gran protector. Un tiempo antes, Valentín casi lo convierte; lo mandaron a matar, y el verdugo, el carcelero, burlándose de Valentín y de su fe, le dijo: “si fueras tan santo y si tu Cristo fuera Dios, mi hija no habría nacido ciega como nació”, y Valentín, a pesar de haber sido humillado por este

hombre, le dijo: “traígamela que la voy a bendecir en el nombre de mi Dios”, y le devolvió la vista. Así que no habrá convertido a Claudio II, pero sí al carcelero; no por eso lo eximieron del martirio, sino que igualmente lo martirizaron. Por eso es el Santo Patrono del amor, no porque andaba casando parejitas a escondidas, sino porque hasta entregó su vida por quien amaba. Sus restos están en la catedral de Termi, en Italia -¡hay tantas cosas de nuestra fe católica allá!, en la tierra donde está la tumba de Pedro-. San Valentín es, por lo tanto, el símbolo del amor.

¡Dichosos los que hayan tenido y vivido experiencias amorosas en su vida!, entre los cuales me incluyo, naturalmente, dando gracias a Dios también, no sólo por lo actual sino por lo pasado. Quien haya tenido una mamá, un papá, un hermano, un amigo, una experiencia afectiva amorosa gratificante, por supuesto que es una

dicha, un consuelo, un estímulo y una fuerza que, como dicen por allí, tiñe todo de rosas y todas las mariposillas vuelan en tu interior, ¡bendito sea! Como dice una canción actual, que me hace reír mucho, en la que el muchacho le dice a la novia que se fue, que vuelva a la casa: ahora que te fuiste, el auto no me arranca, el canario canta en inglés, abro la llave y en vez de salir agua sale gas...; mientras que cuando estabas aquí conmigo ¡hasta a los políticos les creía!; así que ¡imagínense qué transformado lo tenía el amor a este hombre!, que escuchaba a los políticos y les creía, ¡bendito sea Dios! Pero miren que ese mismo amor que uno ha experimentado y que tuvo la Gracia de tener, u ojalá lo hayamos podido experimentar, no se queda sólo en esas experiencias.

El problema del amor humano consiste en que, cuando uno ha tenido alguna de estas experiencias, pareciera que eso fuera Dios, ¡no, espérate,

espérate! Espérate un poco, digo, es una muestra, es un mojón, una etapa, una fase de transición. Lo que sucede es que, muchas veces, quienes no han tenido experiencias afectivas gratificantes de niño, de adolescente o de joven –de verdad que es una lástima– cuando las tienen en la vida, ante un poquito de amor que experimentan, ¡oh!, les parece ver el cielo y dicen: “esto es lo máximo”, y ahí empiezan los romanticismos, los violines y las serenatas. Entonces, digo con todo respeto, “¡pobre, se ve que nunca tuvo una experiencia amorosa!, porque con esto se tiró de cabeza, se zambulló, y creyó que eso era Dios”; hay una exageración de ese amor humano, o una inflación de ese amor.

O también esto se debe a la situación del mundo en el que vivimos: no se precisa ser demasiado inteligente para ver lo que es la competencia, la rivalidad, los celos, las desconfianzas, los egoísmos, las luchas, los

resentimientos, la jungla, los codazos que tenemos que andar dando en la vida, no sólo para protegernos, sino también para abrirnos un camino, desconfiando hasta de nuestra propia sombra; las violencias, las agresiones, los abusos, las manipulaciones, las dependencias. ¡Santa María! En fin, es el pan nuestro de cada día. Lamentablemente es así; entonces, en ese mundo competitivo, de desamor, de egoísmos, cuando aparece algo amoroso, humano, un amigo, una novia, un hijo... y, claro, en un día de tormenta, un rayito de sol parece que fuera el sol mismo, un vaso de agua en medio del desierto lo pagás 5.000 dólares! Pero ¿un vaso de agua cuesta 5.000 dólares?, bueno, el vaso de agua no, pero te lo están vendiendo en el medio del desierto (estaría bueno poner en el medio del desierto de Sahara un kiosco de venta de garrafones); pasamos de \$18 con los cuales me compro dos garrafones acá en la esquina, a 5.000 dólares el vaso de

agua... Ése es el problema, esto que estoy diciendo no es nada del otro mundo; al contrario, estoy dando gracias a Dios por todo el amor que uno recibió: de mis padres, de mis amigos, de mis experiencias. ¡Bendito sea Dios!, porque siempre el amor procede de Dios, eso es indudable; pero no es Dios, sino que procede de Dios. Es uno de los dones, la virtud teologal del amor sin duda, y estoy dando gracias por ello.

Pero también la vida y las experiencias nos han mostrado que el amor es transitorio, el amor es evolutivo, que el amor que uno vive es a cuenta de seguir progresando. Por lo tanto, ha habido investigadores, científicos, pensadores, filósofos que, cuando el ser humano paga 5.000 dólares por un vaso de agua, o idealiza o infla experiencias de amor humano -que son válidas y ojalá todos hubiéramos tenido, pero que no son Dios-, hay algunos pensadores, que “sacan la

ametralladora”, porque se nos va la mano.

Entonces viene Freud, que es el padre de la psicología, y bombardea toda experiencia de amor humano y nos demuestra que en todo hay un interés; que el niño cuando nos sonríe no es que nos quiere, sino que es interesado; que las parejas se casan porque hay una lucha de poder: “te amo porque me obedeces, y el día que no me obedezcas ya no te amo más”; y se mete en las relaciones entre los dos. Entonces, uno dice: ¡santo cielo, ya no queda nada! Y después viene otro pensador, Sartre, el filósofo, que aparece con un libro enorme que se llama “El ser y la nada”, en el cual, bajo un subtítulo “el ser para otro”, también va cuestionando y bombardeando las experiencias de amor humano, para demostrarnos la vaciedad, o el sinsentido, los trasfondos de interés o espurios, es decir, de vanidad que existen detrás de lo que aparentemente teñimos de rosa. O

viene otro psicólogo, Adler, y nos dice que detrás de toda experiencia afectiva hay una lucha de poder: hay uno que manda y otro que obedece, a uno le gusta ser obedecido y a otro le gusta ser mandado; y luego, cuando no se ponen de acuerdo, es cuando empiezan los conflictos, ¡Santa María!

Pero esos “maestros de la sospecha”, como llamaba Pío XII a Sartre, o a Marx -en el campo político-, o a Freud -en el terreno psicológico-, estos pensadores, que parece que son cínicos, o que son crueles, o que son ácidos con la experiencia humana, o que son verdugos porque bombardean en realidad bombardean lo que nosotros inflamamos, lo que nosotros sobrevaluamos, lo que nosotros exageramos. Pero si hubiéramos vivido las experiencias afectivas con tanto placer como desprendimiento, veríamos que le agradecemos a nuestra mamá por habernos amado, pero no nos quedamos allá con nuestra mamá. Es más, la

palabra amar viene del latín *amare*; pero es como una derivación de la palabra infantil “amá”, y así, decimos “mi mamá me mima”, cuando empezamos a leer, así dicen los libros de lectura, no dicen “mi papá”, sino “mi amá me mima”; y cuando el niño se sonríe le damos lo que quiere, ¡bendito sea Dios! Pero no nos quedamos en eso infantil, hemos tenido que seguir progresando, evolucionando.

Khalil Gibran –un muy buen pensador romántico y poético, libanés, de Tiro y Sidón, o sea, de la antigua Fenicia- dice que cuando el amor en la vida te haga señas, lo sigas; no seas tacaño, no te quedes, y tampoco te arredres o temas cuando el amor te pode, cuando el amor cambie tus proyectos, cuando el amor te desacomode, cuando el amor, aunque te prometa la satisfacción, en el momento te exija, y antes de darte un premio pretenda de ti que te despojes de todo; no le tengas miedo, no te quedes en eso, continúa evolucionando, no plantes

bandera en determinado momento y digas: “esto es lo máximo”; no, eso es lo máximo que hasta ahora has vivido, pero “tras lomita” hay mucho más, no seas tan necio de quedarte con eso; porque esa pretendida posesión del amor es lo que lo arruina. Lo que al principio fue tan placentero es lo que “tras lomita” te lo arruina: relaciones entre padres e hijos, relaciones entre hermanos, relaciones entre amigos, esas relaciones posesivas, esas relaciones de propiedad o de dependencia o de mero placer o satisfacción. Entonces, cuando canonizamos o divinizamos esas experiencias y nos negamos a seguir evolucionando, lo que al principio nos dio tanta satisfacción, al poquito tiempo nos va a dar mucha angustia, mucha tristeza y mucho dolor de cabeza; porque, como dijo aquel otro filósofo en su obra de teatro “A puertas cerradas”: la misma convivencia que tanto nos hizo satisfacer en determinado momento, es la misma convivencia que

luego tanto nos angustia. ¿Por qué? Porque pretendemos atarla, como pretende el aviador en el libro “El Principito”, que quiere atar al cordero; pretendemos ponerle un lazo en vez de dejarlo libre, de dejar que el amor crezca, que progrese; cuanto más nos exija más nos va a reeditar. Hay otro libro hermoso de Erich Fromm, otro psicólogo, que nos va mostrando distintas etapas o tipos del amor evolutivo, su crecimiento. El libro se llama “El arte de amar”.

Por lo tanto, no sólo Fromm sino también Khalil Gibran están señalando etapas de evolución, y dicen que hay que estar dispuesto a esto... Porque el amor tanto te corona como te crucifica, tanto te ensancha como te poda, tanto sube a tus más altas copas idealistas como se mete en tus profundas raíces. Tal como hicimos en la confesión, que es un acto de amor, el amor también nos penetra hasta lo más vergonzoso; cuando uno confía lo vergonzoso realiza

un acto de amor, un acto de confianza. Así que el amor tanto te eleva a lo más alto como te sumerge en lo más profundo; y el que no esté dispuesto a eso, mejor que se haga a un lado; que no exagere el amor ni que tampoco se llene la boca, porque quien se mete en el trillo del amor está llamado a seguir, a continuar, porque si no lo hace -ustedes discúlpennme pero no lo digo yo, lo dicen la Biblia y los psicólogos- el mismo amor que hoy tienes, mañana lo vas arruinar por falta de oxígeno, por falta de combustible, por falta de libertad, por falta de espacio. Si empiezas a criar un elefante en tu patio, claro, de chico lo puedes tener pero después empieza a crecer, y a crecer, y una de dos: o lo vas a tener que matar o el elefante te va a matar a ti, te pisa porque necesita espacio; y si lo necesita un elefante, que es el animal más grande ¡cuánto necesitará el amor, que es una virtud teologal, que es un don de Dios!

Por lo tanto, hay una evolución, hay un dejar lo que tenemos, un apostar a lo siguiente. Es curioso, porque hasta en la Biblia hay una frase del profeta Oseas que dice: con cuerdas humanas te atraje, con cuerdas de amor; y fui para ti como quien te carga en sus brazos, y te cargué, y te llevé (cf.Os.11,4); es decir, quiero dar a entender que hasta la Biblia está señalando un camino evolutivo, un camino de progreso, un camino de evolución; por un lado, un camino de renuncia a lo que se ha vivido y, por otro, un camino de lanzamiento a lo que sigue por delante, a esas realidades o a esas experiencias que van a desembocar en el amor divino. Por eso dije que hoy se juntan las Bienaventuranzas con el día de San Valentín, o el “San Valientín”. De ahí viene el nombre: de ser valiente, audaz, aventurero, de no quedarse sólo con lo que uno tiene sino también apostar y seguir adelante, y de esa manera, donde uno se entrega es

donde también el amor nos empieza a transformar la vida hasta tener experiencias profundas del amor humano y experiencias profundas del amor divino. Así empiezan los mandamientos: *“amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu fuerza y con toda tu mente”*; y el propio San Pablo, en la 1ª carta a los Corintios, hermosa página que tantas veces leemos, dice: les voy a mostrar cuál es el camino mejor (¡lo hemos escuchado tantas veces en las bodas!):

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden. Podría tener ya el don de predicación, conocer todos los secretos, todo el saber, pero si no tengo amor, de nada me sirve; podría tener una fe que mueve montañas, y hasta ser muy generoso y entregar mi vida por un ideal, por un objetivo, pero si no lo hago con amor, de nada me sirve (cf.1Cor.13-3).

“El amor es comprensivo, el amor es servicial, no tiene envidia, no se engríe, no es maleducado ni egoísta, no se irrita, no lleva cuentas del mal, se goza en verdad, aguanta sin límites, soporta sin límites, cree sin límites, espera sin límites. El amor no pasa nunca” (1Cor.13,4-8a). ¡Santa María! A veces, en las bodas, después de leer esto, digo: “esta cinta se autodestruirá en cinco segundos!”... Todos quedan encantados con el texto, pero ¿quién se anima a vivir esto? Y tras cartón, todavía a veces meditamos ese pasaje del Evangelio, del capítulo 15 de San Juan, testamento de Cristo, en el que el propio Jesús dice: *“Como el Padre me ha amado a mí, así los he amado yo a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si guardan mis mandamientos permanecerán en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les digo estas cosas para que mi alegría esté en ustedes, y para que la alegría que*

ustedes hoy tienen, llegue a la plenitud y dure para siempre. Éste es mi mandamiento (mi orden, mi obligación): que se amen los unos a los otros, como yo los he amado” (Jn.15,9-12), no de cualquier manera, sino hasta dar la vida por quien se ama; no hay mayor amor que el de aquel que da la vida por quien ama: ya no los llamo siervos, ni hijos, ni relaciones, sino que los llamo amigos, porque les he contado de mi intimidad, y porque les he dado mi vida para su Salvación. Ése es el testamento de Jesús, por eso, ¡bendito sea Dios, por todas las experiencias de amor que hayamos tenido, que ojalá las hayamos tenido, porque eso hoy también agradecemos! Bendita sea, entonces, la capacidad del ser humano de agradecer, pero también de evolucionar, de progresar, de no quedarnos a medias tintas sino de saber invertir, de no ser tacaños, de apostar, de creer en aquello que nos ha demostrado su valor; y por lo tanto, uno invierte, apuesta

definitivamente a no tener miedo a las exigencias y a los sacrificios, todo lo contrario, viendo en eso la posibilidad del crecimiento.

¡Bendito sea Dios!, como dijimos al principio, que es quien nos regala todo el amor; de Él procede todo amor y a Él también conduce -por ser una virtud teologal, o sea, procedente de Dios-, vuelve a Dios como la fe y la esperanza.

Finalmente, hermanos -y lo habrán visto allí en la cartelera-, junto con las Bienaventuranzas que hoy leímos de San Lucas en el capítulo sexto, también hemos puesto, junto a un corazón, una espada; esa famosa “espada que te atravesará el alma” (cf. Lc. 2, 35), aquella espada que Simeón le profetizó a María Santísima, a Ella precisamente, de todas las criaturas, la que más amó y, por lo tanto, la que más sufrió. Porque la espada le atravesó el alma, y ésa es la espada en forma de cruz que pusimos en la cartelera. Y también ahí colocamos algunos elementos inspiradores: el

Sagrado Corazón de Jesús, ese Corazón humano y divino que tanto ha amado a los hombres. Como le dijo el mismo Jesús a Margarita María de Alacoque, a quien, cuando le mostró el Corazón, le decía: “éste es el Corazón que tanto amó a los hombres y sólo ha recibido de ellos menosprecios, engaños y traición”. Son tremendas esas revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita; pero Él no dejó de amarnos, al contrario, duplicó el amor que nos tiene: el Sagrado Corazón de Cristo coronado de espinas es símbolo del amor.

Por otro lado, el Espíritu Santo, Amor entre el Padre y el Hijo, esa palomita aparentemente inocente pero que, sin embargo, rasga, eleva, motiva, excita, envuelve, atrae, ¡bendito sea el amor entre el Padre y el Hijo!, ésa es la Tercera Persona: el Espíritu Santo.

Por otra parte, pusimos una imagen de Santa Teresa de Jesús, la grande, la española; se trata de una

obra de Bernini, donde el Cupido, el Eros, el angelito con la flecha está atravesando el corazón de la gran santa española, de la mística; a esa experiencia se la llama la “transverberación”, y refleja la experiencia amorosa, y desgarrante también, de Teresa de Jesús; y luego la pequeña Teresita del Niño Jesús, a ejemplo de la grande, va a decir: quiero ser el amor o el corazón dentro de la Iglesia.

Queridos hermanos, en este sexto domingo del Tiempo Ordinario, domingo de las Bienaventuranzas, domingo del amor, estamos felicitándonos mutuamente por la amistad y el amor; pero también apostando a que Dios, de quien procede todo amor, no nos deje estacionarnos, no nos deje despreciar el amor ni tampoco nos deje inflarlo o sobrevalorarlo, sino que, de la mano de Cristo, soportando el camino de Cristo, vivamos intensamente el amor en esta vida y luego también con nuestros

mediadores y ayudantes que amaron mucho (ésa es la historia de María, de Santa Teresa, de Santa Teresita, de San Francisco, de todos aquellos que dieron realmente su vida cuando descubrieron un amor inabarcable e infinito), luego del tránsito amoroso y crucificante de esta vida, nos encontremos todos juntos en el Amor eterno, perdurable e infinito del Reino de los Cielos. Que así sea.

¡Muchas felicidades, y que así sea!